

de un número considerable de alabardas y mosquetes, para que entren por el aro los que intenten impedirles que lleguen hasta nuestras habitaciones.

—Pero decidnos al ménos,—preguntó Estuardo,—cuáles son tus medios de correspondencia?

—Dentro de un instante los conocerás, amigo mio, pues ha llegado la hora en que recibo el mensaje por lo comun. Callad, os ruego.

Todos callaron, y pocos minutos despues se oyó el sonido de un cuerno, à lo léjos, por el lado del bosque. Escuchóse primero una nota grave y prolongada, seguida despues de un corto intervalo de otra nota aguda y prolongada tambien. Hubo luego profundo silencio.

—Todo va bien,—dijo Soucelles,—y no cabe duda en que dentro de tres días estarán los Guisa haciendo gestos.

—Cómo,—preguntó Roberto,—ese cuerno ha dicho todo eso con solo dos notas?

—Y mas todavía. Como el sonido grave ha precedido al agudo, eso significa que hay seguridad de derrotar al enemigo, y que luego que eso se verifique se pensará en los amigos; y como la nota aguda ha sido muy prolongada, su esplicacion es que se sabe que estamos todos en el mismo encierro. Y por último, el que me comunica todas esas noticias es el rey de Navarra, colaborador mio en esa lengua musical. Ya veis que el mejor partido que podemos tomar es armarnos de paciencia.

En aquel momento entró el llavero à rogarles que se separasen, en razon de que habia visto una ronda luz por la claraboya del cuarto de Roberto, y de que el oficial hasta habia creído oír ruido de voces, por lo que poco habia faltado para que alborotara la fortaleza. Por fortuna el carcelero, que se habia quedado de centinela en la puerta de abajo, habia dicho al oficial que lo que oía era la voz de uno de los frenéticos hereges que cantaban dia y noche sus salmos de condenados, y que iba à mandarle callar, amenazándole con el calabozo.

Aunque mucho suavizaron el cautiverio de los tres amigos las pocas horas que pasaban juntos todas las noches, esperaban con impaciencia la señal de su encarcelamiento. Durante cinco días repitió el cuerno las notas esplicadas por Soucelles; pero el sexto comenzó con otras agudas y precipitadas, seguidas de sonidos graves y breves.

—Infierno!—esclamó Soucelles:—la empresa se ha frustrado, y nuestros mejores amigos están en manos de los Guisa.

Y decia la verdad. Sin embargo de pasar los conjurados de dos mil, no se habia divulgado el secreto; pero muy pocos días ántes del señalado para la ejecucion, le faltó valor al abogado Avencelles, amigo de la Renandie; acaso tambien descubrió todo à los Guisa con la esperanza de una recompensa. Asustado el cardenal, quiere volver à Paris; pero el duque su hermano lo detiene, diciéndole que no basta escapar de los conjurados que se aproximan en cortos

destacamentos y por diversos caminos, sino que ademas se debe cogerlos y aniquilar con una victoria completa al partido calvinista. Solo que, como la ciudad de Blois no le parecia bastante segura, invita al rey à que pase al castillo de Amboise con toda la corte. Apresúrase al mismo tiempo à reunir tropas, y el monarca per consejo suyo, llama à su lado al príncipe de Condé y al almirante Coligny.

Miéntras esto pasaba, La Renandie desplegaba una actividad prodigiosa para cambiar el itinerario de los numerosos destacamentos que estaban ya en camino, y dirigirlos sobre Amboise. Sabedor de que el príncipe de Condé estaba en la corte, se habia alarmado, en la creencia de que no dejaria de darle aviso de lo que ocurriere, en caso de que las cosas tomaran mal aspecto; pero Condé estaba muy vigilado y reducido à la mas completa impotencia. Llega por fin una gran parte de los conjurados à la vista de Amboise, y se detiene allí para esperar à sus compañeros mas cercanos. De repente sale del castillo el duque de Nemours à la cabeza de las tropas, cae sobre los calvinistas, que descansaban en la mayor tranquilidad, y los hace pedazos. Cansados de tanto matar, hacen los soldados prisioneros; pero la suerte de estos en nada mejora, pues llegados al castillo, se les ahorca de las almenas, sin tomarles siquiera declaracion. Muchos se ahogan en el Loire: otros, que habian conseguido volver à sus casas, ó refugiarse en las de sus amigos, son aprehendidos y cruelmente ajusticiados. La reina madre, los tres príncipes sus hijos, asistieron desde las ventanas del castillo à estas sangrientas ejecuciones. Mil dociientos franceses perecieron à su vista. El Loire permaneció cubierto de cadáveres durante varios días.

La Renandie sabe este desastre; pero no se lo figura tan completo, y como se encuentra à la cabeza de veinte hombres escogidos, espera reunir los destacamentos dispersos y tomar la ofensiva, por lo cual continúa su marcha sobre Amboise. Atácanlo de repente dociientos hombres mandados por su primo el baron de Pardaillan, y no tarda en caer herido de muchas balas. Su cadáver, llevado à Amboise, es ahorcado entre sus compañeros de infortunio.

Esto era lo que habia pasado, y lo que los sonidos del cuerno acababan de anunciar à los tres amigos encerrados en Vincennes.

—Pues bien,—dijo Roberto Estuardo,—si el cuerno dice la verdad, no os parece que es ya tiempo de buscar el modo de salir de aquí?

Apénas habia acabado de hablar, cuando se oyó en el patio un ruido de armas y caballos, y casi al mismo tiempo se abrió la puerta del cuarto, en el que entraron precipitadamente veinte hombres entre soldados y carceleros, los cuales se echaron sobre los tres presos, los aherrojaron, los sacaron de allí para subirlos en un carro que los esperaba, y colocados entre archeros echó à andar el carruage, rodeado de tropa de caballería, à todo el trote de vigorosos corceles. Cuarenta y ocho horas despues, se llegó al castillo de Amboise, donde se metió à los tres amigos en tres distintas piezas de la misma torre, y sin esperar mas que al

siguiente día se les dió tormento; pero en vano se les hicieron sufrir dolores horribles para obligarlos á decir lo que sabian de la conspiracion: nada confesaron, y salvaron así la vida al príncipe de Condé, y quizá hasta al rey de Navarra, tan gravemente comprometidos, que una sola palabra podia perderlos.

Roberto era el que mas habia padecido en la tortura; pero el intrépido jóven alojaba una alma de alto temple en un cuerpo de fierro, y no tardó en restablecerse. Disimuló, sin embargo, con habilidad su rápida curacion: fingió una suma debilidad, una imposibilidad absoluta de hacer el menor uso de sus piernas; y logró en fin, inspirar tanta compasion al carcelero, que con gusto dejó esta abierta la puerta de su cuarto, en la firme creencia de que el pobre cautivo nunca sanaria de su parálisis. Esa compasion le fué fatal: un día que acababa de coger en brazos á Estuardo para sentarlo en una silla mientras le hacia la cama, Roberto, que todo lo tenia preparado, lo coge del pescuezo, lo tira, le quita sus pesadas llaves, y lo amenaza con matarlo con ellas si profiere un grito, prometiendo recompensarlo magníficamente, en caso de que no se oponga á su fuga. El llavero se deja atar y tapan la boca. Roberto corre á abrir las puertas de los cuartos en que están encerrados Soucelles y Saint-Agnan. Los tres se ponen á fabricar una cuerda con los colchones de sus camas, quitan una reja de una ventana exterior y se dejan caer en el foso del castillo, recobrando así su libertad. Al día siguiente recibia el cardenal de Lorena una carta firmada por los tres amigos y concebida en estos términos:

«La fuga de vuestros presos nos ha causado sumo dolor, por el pesar que sabemos habia de dar á V. Eminencia. En el acto nos hemos puesto á buscar á los fugitivos, y en cuanto los pesquemos, no dejaremos de enviároslos bien resguardados.»

El mal éxito de la conjuracion de Amboise no habia desalentado á los calvinistas. El príncipe de Condé, juzgado y sentenciado á muerte, se habia salvado con la de Francisco II, acaecida en 1560, y se habia puesto de nuevo á la cabeza de sus co-religionarios, á quienes favorecia entonces Catarina de Médicis, justamente alarmada con el poder de los Guisa. Derrotados en Dreux, aceptan los calvinistas la paz que se les ofrece; pero no tardan en volver á empuñar las armas, asustados con algunas medidas escepcionales. Encuétranse de nuevo ambos partidos en el llano de San Dionisio: en lo mas reñido de la refriega, divisa Roberto Estuardo al condestable de Montmorency, principal autor de los padecimientos que habia tenido en Vincennes y en Amboise; corre á su encuentro y le apunta con una de sus pistolas.

—No me conoces?—pregunta el condestable, que habia recibido ya cinco heridas.

—Cabalmente, porque te conozco, no quiero que te me escapes, verdugo!

Y hace fuego. El condestable, aunque herido de gravedad, respondió sin embargo á su adversario, hiriéndolo á su vez en el rostro; pero casi en el acto cayó y espiró pocos instantes despues.

Hechos prisioneros el año siguiente en la batalla de Jarnac, Roberto Estuardo, Saint-Agnan y Soucelles, un soldado de Montmorency reconoció al primero como matador del condestable, lo que anunció en voz alta. Al punto amenazan veinte puñales al intrépido Estuardo, que es despiadadamente asesinado.

El cautiverio tenia entonces sus azares, como la guerra, sin que fuera raro que hubiese infelices salvados de la muerte á que estaban reservados, por un acontecimiento imprevisto é insignificante. Así sucedió con un oficial calvinista llamado Saint-Léger, hecho prisionero en esa batalla de Jarnac de que acabamos de hablar. El oficial tenia un perro muy fiel. Mientras duró el combate, el animal no se separó de su amo, á quien siguió igualmente cuando cayó en poder de sus contrarios; pero conducido Saint-Léger á Vincennes, no se quiso recibir allí al perro, que se retiró tristemente por orden de su dueño.

La separacion no habia affigido ménos á este, que encerrado en su cuarto cuya ventana caía al bosque, habia comenzado por tirarse en la cama para dar libre curso á sus tétricos pensamientos, cuando creyó conocer el ladrido de su perro. Asómase á la ventana, y ve en efecto al fiel animal que se habia colocado precisamente en frente de ella, y que al percibir á su amo se habia puesto á brincar alegremente. Saint-Léger, á quien acababan de llevar su comida, tiró pan á su leal compañero, y pasó el resto del día en la ventana.

Llegada la noche, se fué el perro; pero el día siguiente al amanecer estaba ya en el mismo sitio. Participó como la víspera de la comida de su amo, y desapareció en la noche para volver al otro día.

Ocho días seguidos se habia repetido esta escena, al cabo de los cuales comenzó el inteligente animal á dar inequívocas muestras del mas profundo descontento. En vez de ladrar gemia, ahullaba, miraba desdeñosamente el pan que se le tiraba, y ni siquiera se dignaba olerlo.

—Paciencia, Medor,—le gritaba su amo:—es preciso resignarse. Qué diablo! ya debes figurarte que no estoy aquí por mi gusto.

Así lo entendia tal vez Medor; pero no por eso se resignaba. Saint-Léger temia que estuviese malo y se affigia. Júzguese, pues, de la sorpresa y del júbilo del pobre preso, cuando una noche, al ir á acostarse, vió salir de debajo de su cama á su perro, que despues de mirar con temor en torno suyo, se puso á hacerle fiestas. Cómo habia logrado llegar allí el inteligente animal? Jamas se averiguó de una manera positiva. Se calculó que para meterse en el patio del Torreón, se habia escondido probablemente debajo de un carruaje, en el que se llevaba por lo regular á la prision, leña, carbon y otras provisiones: que una vez en el patio se habria agazapado en algun rincon, y penetrado en la torre deslizándose diestramente entre las piernas del llavero. Seguramente debió ser así; porque despues se puso en claro que no habia sido visto por nadie.

Fácil de comprender es el gusto que espermentó Saint-Léger al ver á tan fiel compañero, así como las precauciones que tomó para ocultarlo á las miradas del carcelero; pero el vivo y buen animal no necesitaba de las lecciones de su

amo para saber lo que debía hacer. Luego que oía pasos en la escalera, ó el menor ruido de cerraduras y cerrojos, se refugiaba prontamente debajo de la cama, y no salía de su escondite hasta que el preso lo llamaba.

Tres años trascurrieron así. La guerra civil era siempre inminente, y no obstante la paz celebrada en 1570, ambos partidos permanecían armados, devolviéndose los ménos prisioneros posibles. Llegó por fin la terrible noche del 24 de Agosto de 1572, en la que comenzaron las matanzas llamadas de San Bartolomé. Ya se deja entender que los hugonotes encerrados en las cárceles, no debían escapar. Comenzaba á amanecer cuando Saint-Léger, que despertó sobresaltado con el ruido de las armas, y gritos de espanto, de rabia y de dolor, se levantó á toda prisa. No tardó en escucharse un terrible estruendo en la escalera que conducía á su cuarto. En esa ocasión, no se escondió Medor como de costumbre: en vano lo empujó su amo hácia su retiro habitual: el animal resistió obstinadamente y no se separó de su lado, siendo fácil de advertir en sus ojos resplandecientes, en la movilidad de sus narices, que presentaba la proximidad de un peligro y se preparaba á la defensa. A poco rechinó la cerradura, se abrió la puerta y se oyeron los gritos de *mueran los hugonotes!* Casi al punto entran en el cuarto dos hombres armados, cubiertos de sangre, y se arrojan sobre el preso; pero en el mismo instante se cuelga Medor de un brinco, del pescuezo de uno de ellos, lo muerde en una de las arterias carótidas, y lo tira moribundo al suelo. Saint-Léger, que se había atrincherado detras de su mesa, se lanza sobre el herido y le quita sus armas, mientras el perro ataca al segundo de los asesinos, al que su amo, que corre á tomar parte en la contienda, le abre la cabeza de un hachazo dado con tanta fuerza, que salta la sangre sobre los vestidos de Saint-Léger, sobre sus manos y hasta sobre su cara. Precipítase en tal estado por la escalera, y como se gritan á su alrededor *mueras á los hugonotes*, repite él ese grito, llega así á la puerta exterior en medio de los asesinos, y pronto se encuentra en el campo, seguido de su perro, que acaba á la vez de salvarle la vida y de devolverle la libertad.

Cuenta un historiador que habiendo muerto Saint-Léger seis meses despues, y creyendo su perro probablemente que había vuelto al Torreón, volvió á ahullar debajo de las ventanas como había hecho en otro tiempo, y fué recogido por un llavero, que lo tomó bajo su protección y lo trató bien.

Entretanto el rey de Navarra, que no había escapado de la carnicería de San Bartolomé sino abjurando la religion reformada, pensaba en tomarse el desquite, y para introducir una division poderosa en favor de los reformados, intentó poner á la cabeza de los católicos descontentos al duque de Alençon, príncipe débil, irresoluto, pero ambicioso y fácil de dominar. El duque abrazó con empeño el plan de Enrique. Carlos IX estaba muriéndose: el duque de Anjou, electo rey de Polonia, se encontraba en Varsovia: pocos eran por consiguiente los obstáculos que se presentaban al último hijo de Catarina de Médicis para subir al trono de Francia que pronto iba á quedar vacante.

Enrique había tomado todas las disposiciones convenientes: gran número de señores estaban prontos á ayudarlo, no esperando mas que la llegada del duque á su ciudad de Alençon para filiarse bajo su bandera; pero en el momento de partir le faltó valor á ese hombre sin energía, que fué á revelarlo todo á su madre, con la esperanza de obtener su perdón por medio de tal vileza. (1)

La conjuración pareció tan formidable á la reina madre, que no creyéndose segura en San German, dió inmediatamente órdenes para que la corte dejara sin tardanza aquella residencia para pasar á Vincennes, adonde se trasladó al rey. En cuanto al duque, hijo de Catarina, y al rey de Navarra su yerno, los invitó á ir en su propio coche. Enrique acudió á ello sin vacilar, ignorante de la traición de su cuñado, y recibió por lo mismo la mayor sorpresa al encontrarse, cuando se apeó, rodeado en el patio del Torreón, de oficiales que no parecían esperar mas que una palabra de la reina para apoderarse de su persona.

—Qué se quiere de mí, señora?—preguntó volviéndose resueltamente hácia Catarina.—He caído en un lazo?

—Yerno mio,—respondió ella,—el rey y yo no queremos mas que vuestro bien, así como el de mi hijo de Alençon, y las medidas que hemos tomado respecto de vos no llevan mas objeto que el de conservaros á nuestro lado.

—Lo cual significa que estamos presos,—replicó Enrique dirigiéndose al duque.

Alençon bajó la cabeza y no contestó; pero la reina agregó:

—La prision será agradable, mi querido yerno, porque tendreis aquí plena libertad, y no veréis mas que rostros complacientes, á la vez que se cuidará de administraros imparcial justicia.

Estas melosas palabras no podían disfrazar completamente la verdad: los príncipes estaban realmente presos; y el duque de Alençon comenzó á arrepentirse de su infamia, cuando supo que el rey había nombrado una comision compuesta de Cristóbal de Thon, primer presidente del parlamento, y de otros varios magistrados para instruir el proceso y decidir de la suerte de los dos cautivos. Temblando compareció ante sus jueces; mas como se le dió á entender que su categoría de hermano del rey lo ponía á cubierto de toda violencia, no vaciló ya en declararse culpable, sin que lo detuviera el temor de entregar al verdugo á sus amigos, que había convertido en cómplices suyos. El lenguaje de Enrique fué enteramente distinto. Dirigiéndose á la reina que estaba presente, le reconvinó por su doblez, y dijo que estaba pronto á hacerse matar mil veces ántes que soportar nuevos ultrages de aquella muger que tanto lo había ultrajado, y que ya una vez había intentado entregarlo á los asesinos.

—Olvidais, yerno mio,—dijo Catarina,—que vos sois el acusado.

(1) Los historiadores no están de acuerdo acerca de este punto, y varios aseguran que el complot fué descubierto á Catarina por Margarita su hija, reina de Navarra, y apoyan su opinion en un pasaje de las Memorias de esta. Acaso la traición se verificó por ambos conductos á la vez.

—Nada olvido, señora, y lo que acabo de decir prueba que todo lo conservo en la memoria. Sé adonde se encamina esta intriga; pero juro por mi alma que no os será tan fácil acabar conmigo como lo habeis esperado.

La reina no replicó y cesó el interrogatorio; pero desde entonces comenzaron los dos príncipes á resentir algo los rigores del cautiverio.

Catarina no ignoraba que el rey de Navarra tenia amigos poderosos, y las amenazas en que habia prorumpido Enrique con cierta imprudencia habian aumentado sus temores. Los mas fuertes de esos amigos con que contaba el bernés, eran los mariscales de Montmorency y de Cossé. Catarina supo que habian convocado una asamblea de los principales del partido, en la que se habia resuelto que en cuanto muriera Carlos IX, se proclamaria rey al duque de Alençon. Eso era precisamente lo que temia la reina madre, que no profesaba verdadero cariño mas que á Enrique, duque de Anjou, y actual rey de Polonia. Necesitaba, pues, dar nuevos golpes, si bien con suma destreza y circunspeccion. Catarina se dió tal maña, que el rey, cada dia mas enfermo, manifestó deseos de ver á sus mariscales á su lado. Ellos se presentaron sin desconfianza en Vincennes: se les alojó en el Torreón, donde no se les perdió de vista; y cuando observando que carecian de libertad fingieron que querian retirarse, se les declaró que estaban presos y se les condujo á la Bastilla. (1)

Faltaban pruebas contra los mariscales, que nada habian por otra parte emprendido contra el rey, ni ocupádose sino de eventualidades. Carlos IX, cada vez mas enfermo, estaba fatigado con tantas intrigas.

—No veis, señora y madre mia,—decia un dia á Catarina,—que queriendo guardarme tanto, me privais de todos mis amigos? El mariscal de Montmorency no puede ser enemigo mio, y yo no veo en los negocios que abultais tanto, mas que palabras imprudentes. No he de tener ya nunca un solo momento de descanso? Quiero que esto termine cuanto ántes.

La reina madre no podia confesar á Carlos que no trabajaba en todo mas que á favor de su otro hijo Enrique, de manera que era preciso hacer creer al rey en una conspiracion contra su persona, para que pudiera ella frustrar los proyectos de los amigos del duque de Alençon; y como tal conspiracion no existia, la inventó. Entre los personajes que habian asistido á la junta de los partidarios del duque, habia dos nobles piemonteses, La Mole, amante de la reina de Navarra, y Coconas, de quien era querida la duquesa de Nevers. Catarina los mandó aprehender, y á la acusacion de conspiradores agregó contra ellos la de haber atentado por magia á la vida del monarca. Redujo á la vez á prision á Cosme de Ruggieri, su médico ó físico, como se decia entonces. Los tres fueron encarcelados primero en la Consergería, y trasladados luego á Vincennes para ser juzgados.

La Mole y Coconas no eran por cierto individuos recomendables. El segun-

(1) Véase la Historia de la Bastilla.

do habia llamado la atencion con su ferocidad en las matanzas de San Bartolomé, y se jactaba de haber matado en un solo dia treinta hugonotes. La Mole, favorito del duque de Alençon, no valia mas; pero ambos estaban inocentes de lo que se les imputaba, y la reina lo sabia perfectamente. En cuanto á Ruggieri, no se le habian dado cartas en el asunto sino á fin de que hiciese buen tercio á su protectora Catarina de Médicis, por lo cual su primera diligencia, luego que se le aprehendió, fué preguntar por la salud del rey, averiguar si S. M. no habia vomitado los dias anteriores, ni perdido mas sangre que de costumbre. Hablaba al mismo tiempo de La Mole, como de un hombre de resolucion á quien daba suma importancia, y dada su primera declaracion, confesó haber hecho para él una figura de cera que él mismo le habia dicho que queria agujerar en la cabeza y en el corazon.

En aquella época, aun se creía firmemente en la magia, y en la posibilidad de matar á las gentes, dando de puñaladas á sus efigies despues de ciertas prácticas y conjuros.

Los médicos ó físicos eran tenidos como mágicos, y si no confesaban que lo eran por temor de ser quemados como tales, tenian cuidado de hacer creer en su oculto poder.

La Mole y Coconas, que estaban encerrados separadamente en el Torreón, comparecieron bien pronto ante sus jueces: ya condenados á muerte, no volvieron á verse en la sala del tormento.

El primero no podia creer que se atrevieran á ponerlo en manos de los atormentadores.

Amado tiernamente por la reina de Navarra, quien ejercia una grande influencia en el ánimo de Catarina su madre, contaba con su poderoso apoyo; por esta razon estaba firme y resuelto: negó todos los hechos que se le imputaban; atado á una silla de hierro, gritó violentamente pretendiendo que al tratarle así, se contravenia ciertamente á la voluntad de Catarina de Médicis.

Se dejó romper las piernas sin confesar nada de lo que habia pasado en la reunion de los amigos del duque de Alençon, y en cuanto á la figura de cera de que habia hablado Ruggieri, repitió que ya habia dicho que esa figura era la de una muger á quien amaba, y de la que, por ese medio habia querido hacerse amar.

—Y qué!—dijo mientras le quitaban las ligaduras que lo ataban á aquella silla fatal,—no me haceis la gracia de acabarme de matar?

Y como le respondieron que la sentencia que le condenaba á la pena de muerte, debia ser ejecutada segun su forma y tenor, exclamó:

—Mugeres sin corazon, malditas seas.

Ciertamente que hacia alusion á la reina de Navarra, su querida, y á la duquesa de Nevers, de quien era amante su amigo Coconas.

—Pobre La Mole,—dijo el último.—Esperabas algo por esa parte?